

REPORTAJES, COLABORACIONES Y CRONICAS DE TODO EL MUNDO

COLABORACION

NOTA DE SOCIEDAD

Los periódicos han anunciado que Françoise Sagan acaba de divorciarse de su marido, el señor Guy Schoeller, editor. Entre los motivos graves confesados para esa separación, como argumentos de cierta fuerza, se mencionan dos: a ella le gustaba acostarse tarde; a él le gustaba levantarse pronto y pasear a caballo. Las cosas, planteadas así, tenían difícil arreglo. Hubo, como es de suponer, discusiones, y finalmente los cónyuges se insultaron. Como la boda se celebró en marzo de 1958, resulta que la señora Sagan y el señor Schoeller no han podido aguantarse mutuamente más que dos años, lapso evidentemente reducido y que hubiera podido ser muchísimo mayor si antes de la boda él le hubiera dicho a ella que no comprendía la felicidad matrimonial a base de estarse hasta las cuatro de la mañana en un cabaret. Pero estas cosas nunca se dicen. Lo que se dice es que «contigo pan y cebollas», a pesar de que todo el mundo sabe que la cebolla, cuando está cruda, posee virtudes realmente disolventes. No hay sentimiento amoroso que pueda permanecer incólume ante el ataque propio de nuestra especie, se haya recurrido a tan nutritiva filitaxia para demostrar el grado de insensatez a que pueden llegar los enamorados mientras éstos se encuentran en el terreno de la teoría y miran hacia el futuro.

Cuando la señorita Sagan contrajo nupcias con el señor Schoeller, hubo un movimiento de expectación universal. El novio era un señor de aspecto triste y la novia tampoco parecía muy alegre, que digamos. No había, pues, en ninguno de los dos nada capaz de excitar la imaginación de las gentes sencillas y encaminadas hacia la creación de las fantasías que tanto aman los pueblos. Pero la propaganda realizada previamente en torno a la novelista, a cuenta de que era una autora precozmente desvergonzada en sus escritos, hizo un cierto efecto. Cuando llegó la boda todos la supervivieron, aunque no quisieramos enterarnos. No hubo diario ni revista que dejase pasar inadvertido el particular acontecimiento. Ahora, 60s años después, se anuncia en unas pocas líneas que no se entienden, que no eran felices, que la «cebolla ha podido más».

«Cosa triste! Tanta publicidad, tanta expectación, tanto barullo para esto. Los del público tenemos derecho a considerarnos estafados. El espectáculo ha terminado en fiasco. Y lo peor no es eso: lo peor es que estos dos personajes han venido a representar, para innumerables personas, la gran comedia de que en esta vida lo importante es que el marido y la mujer gusten de levantarse a la misma hora y estén de acuerdo sobre el minuto en que deben apagarse las luces o sobre si las ventanas deben permanecer cerradas o abiertas durante la noche. Asistimos desde hace años a la supervivencia del detalle, a la inflación del matiz. Se aplican los grandes adjetivos calificativos a sustantivos de mínima importancia y se retuerce y revoluciona el orden lógico y la relación adecuada entre las cosas de esta vida. Tal operación, desarrollada sistemáticamente, ha llegado a crear una sensibilidad muy fina para las realidades insignificantes y a emboratar en cambio cuando se trata de registrar las que tienen carácter sustancial.

No puede uno entrar en interioridades que no conoce. Pero tiene que rechazar rotundamente las explicaciones habituales que se suelen dar en estas «notas de sociedad» que son los anuncios de divorcios. Que una novelista de veinte años pueda ser crítica en su literatura y feliz en su matrimonio, resulta muy improbable. Esta es la verdadera cuestión. El caso particular que nos ocupa no tiene mayor ni menor importancia que otros. Revela primordialmente que este asunto de la tolerancia mutua, del acuerdo común en el horario de vida, o en la lista de platos del almuerzo, está enraizado en capas más profundas del espíritu. La egolatría, el egocentrismo, el egoísmo, pueden convertirse en tempestades violentas lo que en si apenas pasa de brisas suaves. Andan por ahí unos pensadores que hablan de «la vida como sacrificio», idea que bien asimilada puede conducir a brillantísimos resultados. La pedagogía moderna debiera centrarse en esta realidad: venimos al mundo para hacer exactamente aquello que no nos gusta.

Conoció a un hombre profundamente desgraciado por haberse convencido a sí mismo de que la tortilla de patatas sólo le sentaba bien los lunes, miércoles y viernes. El lo aseguraba muy seriamente y cada vez que tropezaba con el típico plato los martes, jueves o sábados, sufría atrechos indigestiones. Las ideas pueden tener influencia en los juegos gástricos. Los hábitos, las convicciones, llegan a configurar realidades absolutamente artificiosas, pero que tienen el mismo peso que si hubieran nacido por generación espontánea y en un todo acorde con las leyes de la naturaleza.

De lo que se trata, pues, es de volver a poner cada cosa en su sitio y de no atribuir a la tortilla de patatas ni a las discrepancias respecto al horario de vida, efectos que por sí mismos es imposible que logren. No. Es la falsa representación del mundo que nosotros montamos la que desvirtúa el funcionamiento de los jugos gástricos y la que transforma la felicidad conyugal en un problema de reloj despertador.

ADOLFO PREGO

Los espías más famosos del mundo

El agente "X" (el autor)

Entregó a los ingleses los planes de guerra alemanes, pero en el Ministerio de la Guerra no le quisieron creer

Los hombres y las mujeres se convierten en espías por varias razones: amor a su patria, codicia o necesidad, ansias de poder... Pero sólo muy raras veces por deseo de aventuras. Fue el amor a su país y el odio a la opresión lo que hizo a «X» convertirse en espía.



Sin embargo, era un espía sólo en su género. No tenía jefes. Ningún Gobierno le daba órdenes. Antes de formarse lo que luego se llamó «sección D», «X» condujo una guerra personal contra el comunismo. Fue el quien descubrió la primera célula comunista en Madrid. El mismo «X» era al mismo tiempo, miembro del Frente comunista inglés y el director del Servicio Secreto del primer movimiento fascista en Gran Bretaña.

UN OFRECIMIENTO DEL SERVICIO SECRETO

Un día, «X» fue invitado a visitar las oficinas del Servicio Secreto británico en Adelphi, en el Strand londinense, y quedó sorprendido de la abundante y exacta información que allí tenían de él.

Los jefes le ofrecieron un puesto entre ellos, pero «X» rechazó. «Me arreglo en mi país actuando por mi cuenta», dijo. Poco después se casó. Unos meses más tarde hizo un nuevo descubrimiento. Su mujer le convenció para que se dejara crear el bígote y entonces se dio cuenta que su apariencia cambiaba por completo. Con un traje completamente distinto parecía otra persona. Desde entonces empezó a cultivar una doble personalidad.

De ojos azules, de estatura mediana y complexión corriente, con un sombrero hongo y un traje típicamente londinense, podía pasar por un oficial del Ejército de pascando un funcionario del Foreign Office. Pero como había nacido y crecido en el campo, conocía todos los astutos del arte. Por otra parte, estaba al tanto de todos los chismes que corrían por Whitehall.

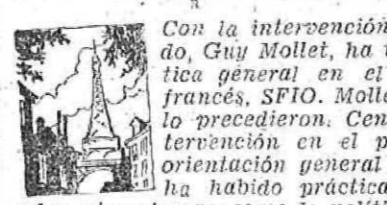
Entre 1933 y 1938, ayudado por varios miembros de la «sección D» que pertenecían al Frente Antinazi de Libertad lo mismo que al partido nazí, «X» realizó una detallada investigación sobre la maquinaria política de Hitler, así como sobre sus planes de guerra, sus intenciones y las actividades de la Quinta Columna nazi en Gran Bretaña. Al mismo tiempo continuó trabajando dentro de la red del comunismo internacional.

En 1945, al terminar la guerra, pudo conocer algunas de las fichas que la Gestapo tenía sobre él. Una, hallada en Düsseldorf, tenía una fotografía suya sin bigote. En otra, encontrada en Karlsruhe, aparecía con bigote. No se parecían en nada, y las descripciones que acompañaban a cada foto eran completamente distintas, aunque en ambas decía: «Un tipo sumamente peligroso. Buena prueba de la eficacia del agente «X»».

MUERTE EN LA CARRETERA En 1934, «X» tuvo varias pruebas de que la Policía Secreta rusa —la OGPU— le miraba los talones. Una mañana temprano, uno de los más antiguos miembros de la «sección D» fue encontrado muerto al borde de la carretera New Castle-York. La moto que conducía estaba destruida. Dos meses más tarde, otro agente «X» murió en su propia casa.

Carta de París

Mollet teme que 1960 no termine sin complicaciones internacionales



Con la intervención del secretario general del partido, Guy Mollet, ha terminado el debate sobre la política general en el Congreso del partido socialista francés, SFIO. Mollet respondió a varios oyadores que lo precedieron. Centrándose fundamentalmente en su intervención en el problema argentino y en el de la orientación general del partido, Mollet reveló que no ha habido prácticamente discusión en el Congreso sobre otros temas, como la política económica y social del Gobierno, la cuestión del laicismo, la política internacional. «Tal unidad en el partido —dijo Mollet—, será útil, porque temo que 1960 no terminará sin complicaciones internacionales».

El secretario general de la SFIO observó que una unanimidad de opiniones había revelado también sobre la evolución de la Comunidad Francesa. «A propósito de Argelia, Mollet recordó ante todo las posiciones precedentes asumidas por la SFIO: sobre negociación sobre las modalidades de la suspensión de las hostilidades y sobre las condiciones del ejercicio de la autodeterminación. Frente a aquellos que, como Lejeune, se preocupan por ver que un día la bandera francesa sea arriada en Argelia, Mollet respondió: «Es posible tener mañana en Argelia asociados, pero si tuviésemos que enfrentarnos con enemigos venidos, un día ellos se tomarían la revancha».

Pero la oposición de la «derecha», aunque débil, es bastante más viva que la de la izquierda, que pide —al frente de Albert Gazier— una iniciativa del partido para que se trate con los nacionalistas argelinos no sólo sobre las modalidades de la tregua, sino también sobre las condiciones de la autodeterminación. La réplica de Mollet sobre este punto parece «defensiva»: la SFIO considera que no debe hacer nada que pueda perjudicar las conexiones entabladas hasta ahora.

En cuanto a la postura general del partido, Mollet se pronunció contra la oposición sistemática al Gobierno. Se trata —dijo— de denunciar, especialmente en las tribunas parlamentarias, el carácter negativo de ciertos aspectos de la política gubernamental, por ejemplo, en el campo económico y social o en el escolar.

Mollet invitó luego al partido socialista SFIO a mantener sus distancias del partido comunista francés, cuyos problemas no son otra cosa que pretextos y cuyo objetivo no es el de hacer un frente popular sino de destruirlo.

«Hablar de la niebla como tema obligado, tampoco es aconsejable. En resumen —me aclaraba—, intente usted disipar esa niebla haciéndonos ver esas cosas que se hallan tras el telón de algodón.» Vueltos a ver o descienda (como guste) hasta las cuevas de los gitanos, pero o, por Dios, no me descubra usted Londres».

Esto ocurría en 1948. Desde entonces ha llovido aquí mucho y, probablemente, el cronista haya «descubierto» dos o tres veces esta ciudad de la niebla, el «Gardón», del cojín de vejigas. ¿Cuánto se trilla en Londres? ¿Cuánto se baja y se sube? La ciudad, con

de construir una democracia popular.

Mollet concluyó su intervención diciendo: «Ciertamente deberíamos adaptar nuestro vocabulario, incluso también revisar nuestros métodos, pero yo creo que haya que revisar nuestros principios».

En el Congreso de la SFIO intervinieron también representantes de los partidos socialistas de Bélgica y Luxemburgo, de los laboristas de Gran Bretaña y de Israel, de los socialdemócratas de Alemania Occidental y de Italia.

LUIS MARTIN

Carta de Londres

En el corazón de Londres, una cueva de plata



Pese a que los cronistas mundiales acreditados en la ciudad de la niebla han «descubierto» mucho sobre Londres, y han hecho, de una forma o de otra, «grandes descubrimientos», todavía yo creo que se pueden correr muchas cortinas que ocultar ciertos tesoros y algunas curiosidades. En una ocasión un director de periódico me dijo «Por Dios, no me descubra usted Londres...» Londres está ya tan descubierta... Volver a trotar por Piccadilly Circus, por el verde Hyde Park o introducirse en el Parlamento, en donde el canciller se sienta sobre un almohadón de lana, cuyas vejigas proceden de ovejas latinas del siglo XV, resulta para un sector de lectores cosa a altamente fastidiosa.

«Hablar de la niebla como tema obligado, tampoco es aconsejable. En resumen —me aclaraba—, intente usted disipar esa niebla haciéndonos ver esas cosas que se hallan tras el telón de algodón.» Vueltos a ver o descienda (como guste) hasta las cuevas de los gitanos, pero o, por Dios, no me descubra usted Londres».

Esto ocurría en 1948. Desde entonces ha llovido aquí mucho y, probablemente, el cronista haya «descubierto» dos o tres veces esta ciudad de la niebla, el «Gardón», del cojín de vejigas. ¿Cuánto se trilla en Londres? ¿Cuánto se baja y se sube? La ciudad, con

su colosal dimensión y población y con su plena similitud en edificios y vías, agota, hace desfallecer al que pretenda «descubrir» cosas.

Julio y 1960. Hoy he hecho un «descubrimiento». Caminando a lo largo de Oxford Street se llega a Chancery Lane, y a pocos pasos, la «Cueva de los Cuarenta Ladrones». Naturalmente, hay que descender para encontrar a «Ali Babá» y sus ocultos riquezas.

Corredores largos y estrechos que conducen a las criptas resplandecientes, repletas de sólidas formas, de objetos de perfiles nítidos. Estos son lugares abiertos al público de selección, porque «masas desconoce la existencia de esta cueva de los «Cuarenta Ladrones». Lo que uno siente es que durante tantos años o haya sido emasa; pero nunca es tarde si la dicha es buena, y aquí la dicha de experimentar las más intrincadas formas plateras en arañas, floreros, bandejas, juegos de té y de café, servicios de mesa y filigranas con más de cien años de antigüedad, es inmensa.

El periodista, cumpliendo su cometido, pregunta a uno de estos «cuarenta ladrones» (que es un modesto y agradable empleado), cuál es la cifra «verdadera» que se encierra aquí, y como teniendo dicha en voz alta, baja la cabeza y susurra: 10 millones de libras (1.680.000.000 de pesetas).

Todo este tesoro subterráneo es de plata, sin que una sola pieza de oro rompa la armonía de esta sinfonía blanca. Unos, por o r razones, conocen el lugar por «la Cripta de Plata», otros, por algunas otras, por la «Caja fuerte de Chancery Lanes».

Por las cantidades ingentes de obras de arte, plata y otros valores contemporáneos, yo diría que Inglaterra vive del «sido». Así como hay calles dedicadas a una especialidad de la industria o del comercio, hay otras que alinean en sus aceras tiradas de objetos relumbrales, que atraen la atención de los nativos de estas islas, pero de una forma especial de los turistas americanos, los cuales pueden negociar cualquier transacción arrojando simplemente una de esas hojitas, que sin ninguna inscripción pretenciosa, manifiestan que su titular («Traveler cheque») es el poderoso «Séñor» «abrejo» que tiene la virtud de permitir entrar a su portador a la cueva de «los cuarenta ladrones».

El cacareado imperalismo británico y las etapas de austeridad en que han vivido los ingleses desde la última guerra mundial, presuponen un confesionalismo que, indudablemente, queda aclarado por el hecho de que entre la grandeza y la estrechez hay una línea que fluctúa y que se llama «vivir del saldo». Es Gran Bretaña ahora la casa de un gran potentado que hubiera venido a menos. Figúrese usted a Getty, o a Rockefeller, o a Rochild, o a March vendidos aun poco a menos... En este cincuenta deparada por el Destino, el gigante tiene que avenirse a la realidad y para ello ha de vender unas obras de arte, unos acres de sus tierras, dos o tres coches y despedir a dos chóferes, tres doncellas, dos criados y dos jardineros.

Lo que hay en esta cueva de «los Cuarenta Ladrones» es un exponente real de lo que fue la Inglaterra de hace, al menos, medio siglo. Este es el microcosmos de la grandeza, ya casi convertido en museo en saldo en el que los americanos son los mejores clientes.

Del patrimonio exterior poco va quedando a la corona británica, pero en el interior todavía existen calles enteras, «criptas» y otros lugares bien conocidos por sus saldos que son un constante adiós al pasado.

JOSE LUIS F. DEL CAMPO

La foto de hoy



Se llama Solene... Pero no empiecen ustedes a decir: «¡chata, bonita, Solene, bombón!... No empiecen ustedes... porque quien se llama Solene no es la chavala sino la fibra con la que está hecho el vestido. El vestido de la derecha, el hueco, el que no tiene bicho... Yo —yo lo comprenderán ustedes— sé poquito de vestidos de mujeres, porque aunque los miro con verdadera afición, no lo hago por los tizús ni por los canesús, sino por lo que va dentro».

Bueno, bien... Se llama Solene y es una fibra tiesa y tal que permite al vestido tenerse en pie por sí solo. Los modistas de todo el mundo estarán a estas horas pensando en la manera de aprovechar sus cualidades. Y estamos seguros de que, sobre ellas, crearán nuevos modelos. Nuevos y peligrosos modelos, precisamente por la rigidez de la tela. Porque ¿qué sucederá cuando una chica se siente con un vestido de Solene?

Claro que, también, tiene sus ventajas. Por ejemplo, sobra la percha: se dejará el vestido en el suelo —miradita a la foto— y listo. Se deja el vestido en el suelo, teniendo cuidado para no pillar al gato debajo, porque, si se le pillara, se corre el peligro de que el vestido se pasee por la casa y le dé un susto de muerte a la tía Gertrudis.

En suma: una nueva fibra, unas nuevas posibilidades y, quizá, un nuevo jaleo en la moda femenina. Porque es posible que, dentro de poco, las mujeres anden por ahí todas tiesas, como campanas, todas con el mismo contorno, todas con el mismo volumen... Y eso es bueno y es malo. Según se mire... Exactamente: según se mire.—PELIX ANTONIO.

BALNEARIO DE MONTE MAYOR. REUMA - PIEL - VIAS RESPIRATORIAS. Autocar Sevilla-Valladolid. 1.º de junio a 30 de septiembre - Hotel Balneario y anexos.

LA VOZ DE LA CALLE

—Me tocó eliminarme con León, Salamanca, Avila, Zamora y Segovia. —¿Cuánto has percibido como premio? —A 7.000 pesetas. —¿Piensas ir a por ellas? —Sí, sí, y tengo la esperanza de traerlas. —Habrá contrincantes serios... —Pues nos pondremos a la altura de las circunstancias. —¿Sabes en qué va a consistir el trabajo? —No, a ciencia cierta; aunque spongo que será la encuadernación de un libro en piel o pergamino. —¿Fecha? —Del 11 al 15 de julio. —Y Félix Valentín nos dijo tan firmemente convencido que se iba a traer el premio debajo del brazo, que no nos extrañaría nada que así sucediera. Y no nos extraña, sobre todo porque a Félix le han salido los dientes en el oficio, aprendiendo de otro Félix, su padre, y siguiendo una tradición familiar que, muy lejos de extinguirse, ya lo ven, cobra puestos de vanguardia.



Encuadernador

—El jurado dispuso que hicéramos la encuadernación de un libro en pasta española, en su modalidad de lujo. —¿En qué consistió el lujo? —En ponerle unas tapas imitando un árbol, con nervios y cantos y contracantos tejidos. —¿Te costó mucho? —Cinco horas de trabajo. —¿Seguidas? —No, porque había momentos en que había que abandonar el trabajo para que se secara, por ejemplo. Y ese tiempo no cuenta. —¿Qué libro elegiste para encuadernar? —Una obra de Ramón y Cajal, «Recuerdos de mi vida». —¿Si tuvieras que venderlo, cuánto pedirías por él? —No lo sé; se trata de un trabajo de artesanía. —¿Fuisteis muchos a por el premio provincial? —Creo que había bastantes inscritos, pero a la hora de comenzar sólo éramos dos. —¿Y en la fase regional?

Ultima columna

«Malos muchachos»

Una agencia de noticias ha debido de encontrarse sorprendida de que se haya ordenado de sacerdotado un «chico de la calle» de un barrio, bilbaíno, y ha dado la noticia a los periódicos con esa sospechosa simpatía con que se habla de un caso clínico o de un suceso extraño.

Desde luego, me imagino a ciertas gentes dando gracias al cielo y emocionadas de que un chico de «la ciudad baja» llegue a una curia o a un papa. Porque cuando Juan XXIII fué elegido hicieron buen hincapié en su origen humilde, entre compañeros y paternales, todos esos señores que quisieran tener el monopolio de la Iglesia y del cristianismo, como tuvieron el de la cultura y el de los bienes todos. Pensaron en la que «gaiter» Juan XXIII para, a pesar de no ser de familia distinguida, haber sido elegido papa, y le encontraron simpático, «saldado», «curioso» casi, como muchachos altas damas suelen encontrar a los hijos de los pobres que visitan. Pero por nada del mundo consentirían que sus hijos compartiesen los juegos de esos «golillos», tachados de antemano de manzanas podridas y contagiosas para la angelical curia de los hijos de papa.



Pero Dios no piensa así, claro, y a lo mejor le gustan los llamados golillos y chicos de la calle, al fin y al cabo más próximos a Él, entre otras cosas porque me imagino que Jesús niño se encargaría cien veces a batiarse a alguna laguna de Nazareth o a buscar algún nido con esos chicos. Y seguramente un profesor de Liceo le hubiese encontrado muchas faltas, porque los murmuradores de su tiempo ya andaban diciendo que era el hijo del carpintero y que no le conocían estudios serios. Todavía oigo decir esto mismo de muchos sacerdotes.

Ahora recuerdo este estúpido diálogo de una novela entre el protagonista de ella, una mujer sin fe, y el sacerdote que la está instruyendo en «la fe» y ahora la está cantando un himno de rapas bravías: «¿Cómo es posible que haya q niño hacerse sacerdote puesto que era más bien un mal muchacho? —dice ella.—¿Y eso qué importa? —responde el cura.— Uno se hace sacerdote con la idea de salvar almas, eso es todo. Es una idea que puede serle enviada a un mal muchacho.» Y ¡tantos «malos muchachos» están velando sobre nosotros desde el cielo! ¡Tantos «malos muchachos», muchachos de la calle, «golillos» y «manzanas podridas» han sido obispos y papas magníficos en la Iglesia de Dios!... He aquí una simple lista, limitada por lo demás a los tiempos medioevales: «Sergio, abad de Saint Denis, fué hijo de siervo; Mauricio de Nilly, el obispo de París que construyó Nuestra Señora de París, nació de un soldado, y San Pedro Damiano, futuro cardenal, guado pastor, lo mismo que el obispo de Lieja Wazón. Y todavía una más impresionante: la lista de los sucesores del Pescador galileo; pues hubo en ella un hijo de carpintero que llegó a ser Gregorio VII; un hijo de carnicero que fué Benedicto XII; un hijo de zapatero, Urbano IV; un hijo de cabrero, Benedicto XI, para no hablar de otros como Urbano II y Adriano IV, cuyo origen fué muy oscuro».

Pero habiendo leído el Evangelio, me parece que sobran todas estas «demostraciones» históricas de que nada tiene de raro, asombroso y noticiable, que un chaval de un barrio de cualquier ciudad del mundo sea un negro, o un amarillito, o un príncipe, o un pescador, o un cobrador de contribuciones, alto o bajo, simpático o antipático, sabio o que no sepa manejar el francés como Pío X, ni la ortografía de la propia lengua como el cura de Ars, sea hecho sacerdote, obispo, cardenal o papa.

Que Dios nos libre de todos los paternalismos; de confundir a los hombres de esta clase social o de este color de piel con «objetos» que nos emocionan; un hijo de una sirvienta sacerdotada, un cardenal negro, un chaval de la calle obispo, un campesino papa. Como si se tratase de un parto quíntuple, de un corderito con dos cabezas o de que la Iglesia fuese un «club» de elegantes, cultos y ricos que admitiesen paternalmente a un nuevo socio, perdonándole su pasado, su nacimiento humilde, el haber sido «mal muchacho».

Que Dios nos libre de todos los paternalismos; de confundir a los hombres de esta clase social o de este color de piel con «objetos» que nos emocionan; un hijo de una sirvienta sacerdotada, un cardenal negro, un chaval de la calle obispo, un campesino papa. Como si se tratase de un parto quíntuple, de un corderito con dos cabezas o de que la Iglesia fuese un «club» de elegantes, cultos y ricos que admitiesen paternalmente a un nuevo socio, perdonándole su pasado, su nacimiento humilde, el haber sido «mal muchacho».

Representante

para importante almacén de papelería y mantas de ZARAGOZA, se necesita, con relaciones comerciales en las provincias de Valladolid, Palencia, Burgos y León. Dirigirse por escrito a «SUMA». Referencia 2.869. Plaza España, 6. ZARAGOZA

Queda cumplido el encargo y, ahora, a esperar. L. MARTINEZ DUQUE (Ilustración de Medina.)